

Globethics Repository



Recuerdo y recreación de un clásico [Memory and recreation of a classic]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	González-Casanova, Pablo
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-16 10:50:45
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221592

Recuerdo y recreación de un clásico*

Pablo González-Casanova Sociólogo mexicano. Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) de 1970 a 1972. Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Autor de varias obras y ensayos de carácter sociológico y filosófico.

Yo quiero hablar como si estuviéramos en privado, esto es, quiero plantear algunos problemas no resueltos en el discurso público de las fuerzas progresistas y revolucionarias. Lo que voy a decir no es original si por original se entiende lo que piensa una persona: advierto que lo que digo no es producto de mi pensamiento. Es más bien recuerdo de diálogos privados que deben adquirir un carácter público, con todo sentido de responsabilidad, pero con el coraje necesario para que la tarea intelectual haga explícito lo que creemos que constituye un problema en los procesos de comprensión y de expresión de las fuerzas progresistas y revolucionarias de América Latina. El problema no sólo es el de la crisis sino el de la dialéctica de la sociedad contemporánea. La crisis no abarca sólo al mundo capitalista y al imperialismo, sino a muchas de las alternativas progresistas y revolucionarias. (Por eso es tan fuerte). Y no obstante que el imperialismo y el capitalismo revelan una debilidad creciente, la dialéctica de la revolución socialista, de los movimientos de liberación, de los movimientos democráticos y contra el fascismo, y la dialéctica de la coexistencia pacífica en varios puntos esenciales presentan características concretas que nos obligan a replantear los problemas de la comprensión y del lenguaje en todos los campos intelectuales y con un concepto del intelectual como trabajador que a fines del siglo XX no sólo es individual sino colectivo, ni sólo constituye élites sino masas, ni sólo trabaja en los medios clásicos de comunicación sino con radios, televisiones, escuelas de cantidades inmensas de niños, adolescentes y jóvenes, y periódicos de públicos multitudinarios.

El marxismo es la única filosofía universal

A cien años de la muerte de Marx el marxismo es la única filosofía universal. Ninguna anterior ni religiosa ni laica, logró ser ecuménica y ésta que nació en Occidente, es ya de todos los puntos cardinales. Muchas de las reflexiones de Marx y Engels se confirmaron en lo esencial hasta nuestros días, y sin las de Lenin es prácticamente imposible entender el desarrollo del capitalismo en la etapa del imperialismo. Pero así como entre Marx y Lenin surgieron nuevas relaciones o contradicciones sociales que aquél no pudo imaginar y que éste registró con el método descubierto por el maestro, así muchos líderes pensadores revolucionarios

* Tomado de "Sábado", suplemento cultural del diario "Uno más Uno" de México, 12 de marzo, 1983.

fueron al encuentro de lo nuevo y lo original en el desarrollo significativo de la historia y, su visión de los hechos sociales no fue revisión de teorías sino visión de relaciones sociales, y en todo caso visión y revisión revolucionarias. Es cierto que la palabra revisión está condenada. Suena como a anatema. Pero si la palabra quedó perdida, el proceso de analizar de nuevo las "relaciones sociales determinadas" a que se refirió Marx, y las nuevas o varias características contradictorias que adquieren continuó y continúa siendo papel del pensamiento revolucionario.

América Latina ha hecho aportaciones valiosas a la comprensión del mundo. América Latina ha cambiado al mundo. Cuba ha cambiado al mundo: manteniendo la dialéctica permanente de la lucha de clases en el capitalismo y el imperialismo ha descubierto y recreado la dialéctica revolucionaria desde 1959 hasta 1983. Y si muchos intelectuales han sido líderes y dirigentes revolucionarios capaces de entender y cambiar con las masas al viejo mundo en transformación, no por ello hay otros que no lo entendemos del todo, o que sin tener el papel de líderes y dirigentes revolucionarios tenemos una tarea intelectual en los procesos revolucionarios, de liberación, democráticos, en favor de la paz y la coexistencia pacífica, en la que poner al día la comprensión y expresión de la crisis y la dialéctica de la sociedad contemporánea no es tarea que hayamos realizado cabalmente.

La ortodoxia no es sólo una herencia; el cliché no es sólo una aberración literaria. Hay pensamientos que ordenan conductas de masas y palabras que desencadenan acciones ordenadas de pueblos. El problema no está en usarlos sino en limitarse a ellos. Resulta imposible librar una lucha colectiva sin conceptos establecidos y sin palabras trilladas. Todo eso hay que reconocerlo, como también el problema que quiero destacar aquí: el de la definición y expresión de lo nuevo con conceptos y palabras también nuevos que correspondan a nuevas realidades y las expresen dentro de las persistentes de la explotación y la lucha de clases, de la liberación y la lucha contra el imperialismo. No todo lo que ha aportado la revolución latinoamericana en la forja de conceptos y en su expresión exacta ha sido sistematizado y profundizado por la inteligencia latinoamericana. A veces, inútiles, como ortodoxia y bla-bla-bla, se apoderan de nuestras reflexiones y discursos, conceptos y palabras desdialéctizados, de apariencia dialéctica.

¿Cuáles son realmente los papeles intelectuales en la América Latina de hoy? Un poco son los de siempre. Si hay verdades que se vuelven oficiales, aceptarlas, y si hay tonterías que se vuelven oficiales, combatir las. Si hay expresiones que se vuelven consignas útiles para la acción orgánica, difundirlas y enriquecerlas, y si se vuelven trilla y trivia, sustituirlas. Pero más concretamente, ¿qué es lo que quiero decir?

Las categorías teóricas están a la zaga de las luchas reales

Nosotros enfrentamos hoy una lucha principal que es la lucha por la soberanía de nuestros pueblos. Detrás de esa lucha muchos somos los que sabemos que está la

de clases y la del socialismo contra el capitalismo, una lucha por el poder y una lucha política y hasta diplomática, una crisis y una moral y una estética y una tecnología que plantean el problema del imperialismo y el neocolonialismo, y el problema de la lucha de clases. Y hay un atraso de las categorías teóricas de nuestros círculos académicos, incluso de los militantes, respecto a las luchas reales y a las categorías nuevas con sus características y tendencias. Este atraso se manifiesta más que en los campos de creación y combate en las escuelas y en las oficinas, y como que parece acompañar a nuestra cultura de instructivos y manuales en que **la disciplina política** sujeta a la **disciplina intelectual** hasta sofocar toda posibilidad de descubrir incluso lo que ya han descubierto y divulgado los intelectuales revolucionarios a quienes admiramos en sus acciones y cuyos pensamientos citamos pero sin elaborarlos.

Es un hecho reconocido que en el siglo XX, lejos de haber desaparecido las naciones y las luchas entre los Estados-nación éstas median o representan la de clases; no sólo hay lucha de naciones dependientes y neocoloniales contra el imperialismo, sino de naciones y estados socialistas contra el imperialismo o el capital monopolístico. Es un hecho también que algunas categorías como la de pueblo reviven o renacen más allá de sus antiguas formulaciones democráticas que encabezaba la pequeña burguesía, y capitalizaba a fin de cuentas la grande. La nación guatemalteca, la salvadoreña, luchan contra el Estado-sucursal y el Estado imperial y en ellas aparecen como actores el pueblo de Guatemala y el de El Salvador. Es un hecho que son movimientos o frentes los que dirigen la lucha, y que cuando los partidos la dirigen - desde Martí - encierran tras ese nombre a movimientos o frentes, y más bien forman parte de los mismos si de veras contribuyen a los procesos de liberación y a la lucha contra las clases dominantes locales e imperiales. Es un hecho que en los países donde las revoluciones nacionalistas, dirigidas por líderes populistas, agraristas, laboristas o socialdemócratas han tenido algún éxito, las condiciones concretas de la lucha de clases son distintas, como en México, Venezuela y Costa Rica, y que el pasado socialista o socialdemócrata influye en el carácter de las luchas actuales incluso cuando los regímenes que las encabezaron han sido derrocados por las dictaduras militares o neofascistas, como en Chile, Uruguay, Argentina o Brasil. Es un hecho en fin que donde hay culturas indígenas, o poderosas corrientes religiosas, mientras los indios y los cristianos no se suman activamente a los movimientos democráticos y revolucionarios, éstos muestran una notoria debilidad, y que el acogerlos o integrarlos, más que un objetivo táctico lo es estratégico, y de mucho fondo para la organización de los nuevos Estados y gobiernos, como se puede ver en Nicaragua, y se advierte en Guatemala y en gran parte de la Amerindia de que habló Mariátegui, y en la América católica y cristiana; con numerosos "nativos" y "practicantes" de cuyo seno surgen las antropologías y las teologías de la liberación. De todos estos hechos tenemos una cierta conciencia. Sobre todo hay testimonios en los grandes discursos revolucionarios y en las conversaciones profundas e íntimas de las montañas y los barrios, y hasta en la folletinería y el librito mimeografiado que ahí se publica, y sin embargo un importante sector de los intelectuales, aquel que está dedicado a investigar, a educar, a escribir, a difundir tiene una enorme dificultad para trabajar en

esa novedades o especificaciones como parte de su elaboración teórica o filosófica o histórica o política. Hace teoría con los textos de Europa y no con los de Nicaragua.

Tenemos inhibiciones que son bien conocidas para pasar de la palabra a la acción. Pero hay otras para pasar de la palabra hablada a la palabra escrita, que son tal vez mayores. A ellas corresponden dificultades conceptuales para captar la realidad y para hacer generalizaciones y explicaciones de lo reciente y lo inmediato vividos y pensados.

No solo hay que recuperar la acción si no la palabra escrita

No sólo es la realidad la que está vedada, es la generalización la que no alcanzamos a captar. Los intelectuales profesionales - investigadores, escritores, profesores, difusores - no sólo tienen que recuperar la acción sino la palabra escrita, y no sólo la realidad sino la explicación. La dialéctica de la palabra oral y escrita, del concepto que surge de las experiencias de la lucha y del que tomamos de lo ya escrito para ir a la lucha y encontrar a aquél es una dialéctica tanto más difícil de aprehender cuanto nuestra herencia de dictaduras nos lleva a escribir con cierta seguridad el discurso público formal que descansa en los textos consagrados y, con enormes obstáculos, el que capta las relaciones sociales en que vivimos y que incluso los líderes revolucionarios captan y expresan. La posibilidad de cometer errores en el marxismo y el leninismo es cierta cuando en la acción revolucionaria encontramos que la lucha contra el imperio se ha de hacer a partir de la nación y el pueblo, de la lucha democrática y la lucha del indio, y no sólo desde la fábrica, la plantación y el lugar de trabajo: no sólo por la clase obrera sino por el pueblo trabajador. Aferrarnos a las generalizaciones y explicaciones clásicas, en que el obrero y el partido aparecen en un primer plano, es y ha sido frecuente desde que a Mariátegui se le criticó por haber dado peso considerable a la vinculación de las guerras de naciones, razas y clases, hasta que el 26 de julio inició una lucha originalmente tachada de romántica, de voluntarista y hasta de pequeño-burguesa, y que reveló ser más tarde el camino de la liberación del obrero, el negro y la nación.

La verdad es que la revolución latinoamericana no sigue muchos patrones clásicos, y que si los nuevos están registrados en nuestras conversaciones y discursos orales, en nuestras sistematizaciones e historias escritas, poco es lo que hemos hecho para enriquecer la teoría con la riqueza que ya mostró la vida.

Frente a los tiranos pareció siempre menos peligroso escribir una novela o un cuento que una historia de lo ocurrido o una filosofía sobre las tendencias y causas de la tiranía. La fantasía, el ejemplo o caso individual y accidental con su posibilidad imaginaria, su ontología de lo anecdótico, mezclados a la metáfora, a la alusión y elusión, con diversas lecturas analógicas y enormes márgenes de interpretación arbitraria, no salvaron siempre a sus autores, pero nos hicieron creer

que hasta los tiranos dejaron un margen de libertad mayor a la literatura de lo imaginario que a esa otra que claramente deriva de las explicaciones y generalizaciones en líneas de acción política. Presos de nuestra herencia de discursos formales y de nuestras esperanzas en lo ilusorio, tenemos dificultad inmensa para escribir los discursos profundos que en lo íntimo revelan el carácter general de las luchas reales que vivimos y que encierran las explicaciones verdaderas y verbales que nos damos.

Me limito al intelectual investigador, autor de monografías y manuales. ¿No es increíble que hasta ahora no hayamos integrado la historia y la teoría del Estado y la revolución latinoamericana, que no hayamos hecho la antología o selección de las explicaciones y generalizaciones sobre los procesos de liberación, que no hayamos desentrañado sistemáticamente los distintos contextos de los Estados y las revoluciones que van desde el México de 1905 con la revolución de Flores Magón hasta la Guatemala del 45 con la de Arévalo y Arbenz, de los que van de Cuba en los cincuenta a Nicaragua en los setentas, o de los movimientos políticos reformistas que van desde el Uruguay de Batlle y Ordóñez a principios de siglo hasta la nacionalización de la banca en México en 1982? ¿No es increíble que hasta hoy mantengamos separados nuestros esquemas teóricos sobre la lucha de clases, la democracia, la socialdemocracia, el populismo, la liberación, del conjunto de monografías que hemos elaborado y de los conceptos clarísimos que aparecen en los discursos de los líderes revolucionarios desde Fidel Castro hasta los sandinistas? No creo exagerar; entre los intelectuales que dirigen los movimientos reales, los que escriben testimonios y monografías y los intelectuales que investigan la teoría de nuestros procesos históricos, o los que escriben manuales, hay una diferencia gigantesca en que por quedarnos con los textos clásicos más antiguos - generalmente centrados en los problemas de Europa - se nos escapa la vida de la América Latina de hoy. Los intelectuales de los movimientos y los intelectuales de los textos no están unidos.

¿Cómo equilibrar lo nuevo del lenguaje con la consigna unificadora?

Otro problema es el de la redacción del texto. Los lenguajes calificativos llegan a ser conceptos calificativos. No pasan ni permiten pasar de la protesta a la acción contra lo que se protesta, y menos aún a la acción efectiva. Es más, los calificativos tienen una tradición metafísica, y hay que usarlos con agudeza para encontrar la dialéctica. En una gran parte del periodismo revolucionario latinoamericano no aparece la dialéctica por quedarnos en los calificativos. Con los lenguajes estereotipados ocurre algo parecido. Si tomamos uno de los géneros más importantes de la lucha como es el manifiesto, advertimos un cúmulo de palabras mecánicas que vuelven formal nuestra ira y que hacen de la convocatoria para la acción un mero acto ritual. ¿Cómo lograr ese equilibrio entre lo nuevo de lenguaje y la consigna unificadora que alcanzó por ejemplo la 2a. Declaración de La Habana? ¿Cómo lograr un periódico que dé cuenta de la dialéctica latinoamericana y mundial como la diera en sus mejores tiempos el periódico **Granma**? ¿Cómo

pasar, con claridad para las masas, del lenguaje del poder, al de la política y la diplomacia, y de éstos al de la crítica y la autocrítica que enriquecen y redefinen aquéllos? Tenemos discursos y manifiestos que son obras maestras y algunos ejemplares de periódicos que son realmente ejemplares; pero una especie de escritura cansada o escolástica nos oculta la necesidad de explorar profundamente el arte de la expresión dialéctica a las masas.

El problema es que, al mismo tiempo, la América Latina es uno de los continentes en que más y mejor se piensa. En Centroamérica, en El Salvador, en Nicaragua, en Guatemala está la inteligencia del mundo. Con Cuba y el Caribe allí está el lenguaje y el concepto de la lucha liberadora contra el imperialismo, y del diálogo necesario con los Estados Unidos; de la solución revolucionaria, y de la negociación política y diplomática; de la firmeza, y la tolerancia; del socialismo, y la transición; del pueblo trabajador, y el pluralismo ideológico; del poder del Estado, y la fuerza de la democracia real; de la revolución y la paz necesarias, en que al imperialismo se le plantea, ante la alternativa de una derrota cruenta, la conveniencia de la no intervención militar y la paz. Toda esa inteligencia de lo combinado y lo complejo recoge la de todos los continentes, la de nuestra América y la de **América** - la de los propios Estados Unidos -, la de Oriente y la de Occidente, la de la sierra y la de la universidad, la de don Quijote y la de Maquiavelo, la de Cristo y la de Marx, pero con todas las contribuciones significativas que ha hecho y hace a la comprensión y transformación del mundo, y de esta parte del mundo, en la lucha universal por la hegemonía de las fuerzas democráticas y revolucionarias no ha logrado aún diseñar una estrategia de libros, artículos, ensayos para ocupar el papel que le corresponde en el mundo en que tiene mucho más que decir y escribir que los eurocomunistas, los social demócratas, los ayatolas y otros ideólogos que "no están muy claros". En una autocrítica, los intelectuales progresistas y revolucionarios de América Latina tenemos que reconocer que somos también malos publicistas, tal vez con excepción de los cantantes, de los cineastas, de los novelistas y de nuestros grandes líderes.

No nos sabemos hacer eco de las transformaciones e interpretaciones del mundo, que con la vida hacen nuestros mejores hombres recreando al clásico.

Referencias

Anónimo, SABADO-PRENSA. 12 de Marzo - México, Uno más Uno. 1983;

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 66 Mayo-Junio1983, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.